

Alianza Universidad Textos

El análisis de la realidad social Métodos y técnicas de investigación

Compilación de
Manuel García Ferrando, Jesús Ibáñez y Francisco Alvira

2.ª EDICION REVISADA Y AMPLIADA
CONTIENE DISQUETE BIBLIOGRAFICO

Alianza
Editorial

SA

LA OBSERVACION CIENTIFICA Y LA OBTENCION DE DATOS SOCIOLOGICOS *

Manuel García Ferrando
Ricardo Sanmartín

1. El problema de la obtención de datos en Sociología

A pesar de los avances que han tenido lugar en el campo de la metodología de las ciencias sociales, pocas son las obras que puedan competir con el seminal trabajo de John Stuart Mill sobre la *Lógica* (1843), en su capacidad de sintetizar las ideas metodológicas sobre «las condiciones generales para la averiguación de la verdad». Y es que tal como destaca Nagel (1950, 3), Mill supo abstraer como nadie a partir del análisis de la práctica científica, las ideas básicas que todavía dominan el pensamiento metodológico actual.

En el más de un siglo transcurrido desde que se publicara la *Lógica* de Mill, se han producido notables avances en la consecución de soluciones a los problemas técnicos esbozados por el filósofo y economista inglés. Como señala el propio Nagel (*op. cit.*, 332-3), son muchos los esfuerzos dedicados a los problemas de la validez interna, causación, control estadístico de las variables, verificación, etc., que ya Mill esbozara en su plan programático para las ciencias sociales. Pero el empuje principal de los esfuerzos metodológicos en la sociología ha permanecido concentrado, tal como observa Costner (1971, X), en la preocupación básica de Mill, que no fue otra que la de tratar de extraer conclusiones válidas a partir de los datos, esto es, en el problema del análisis de los datos. Sin embargo, continúa sin recibir un impulso semejante la solución del problema de la producción y obtención de datos sociológicos.

Es cierto que se ha mejorado en los últimos tiempos la calidad de los datos sociológicos. También es cierto que existen numerosas fuentes estadísticas en los países más avanzados, que incluyen datos exhaustivos sobre aspectos demográficos y dimensiones socioeconómicas que resultaban impensables hace tan sólo unas

* Los apartados 1, 2 y 3 han sido redactados por Manuel García Ferrando y el apartado 4 por Ricardo Sanmartín.

4. La observación participante

4.1. Objetivo

Probablemente, lo primero que viene a la mente del lector al tratar de la observación como técnica para la producción de datos en ciencias sociales, sea alguna noción muy próxima a lo que coloquialmente entendemos por *observar*. De ahí, sin duda, obtenemos no sólo el término que describe una tarea dentro del proceso de investigación, sino también una primera imagen de aquello en que consiste observar.

El hecho es en sí mismo ilustrativo de las dificultades que afectan al científico social. Como miembros de la sociedad en la que hemos crecido, participamos inevitablemente de ese conjunto de nociones, categorías y criterios que constituyen nuestra cultura y desde el cual interpretamos los fenómenos que componen lo que conocemos como realidad. A ese bagaje cultural acudimos espontáneamente para, en un primer momento, concebir la observación como un proceso mediante el cual prestamos atención a algo. Buscamos así darnos cuenta de cómo es aquello que observamos, cuál es su estado, cómo se hace o cómo ocurre.

No obstante, cuando lo que intentamos es penetrar en un problema sociológico para desentrañar su naturaleza, no logramos nuestro empeño observando como lo hacemos ordinariamente en nuestra vida. La observación que continuamente desarrollamos como participantes en el juego colectivo de la convivencia, como meros actores sociales, no tiene como meta la producción de datos para un proyecto de investigación, sino la de aquellos otros que nos sirven para los más variados y ambiciosos proyectos vitales de cada cual.

La disparidad de objetivos de ambos tipos de observación supone estrategias cognitivas diferentes. Aun cuando ambos tipos de observación posean semejanzas, su distinta motivación implica ya, desde su inicio, una distinta relación de valor que cualifica y configura el objeto de cada observación. En ningún caso podemos limitar la observación a una mera contemplación de lo que discurre delante de nosotros. Observar nunca equivale a mirar. Y aunque es cierto que no sólo usamos nuestros órganos de visión (sonidos, aromas, sabores y texturas intervienen siempre complementando sus respectivas informaciones), no es posible reducir la observación a la percepción sensitiva. Si hay algo con lo que observamos es con categorías, ideas o hipótesis. Tan importante es para el observador aquello sobre lo que focaliza su atención, como su posicionamiento mental desde el que efectúa dicha tarea. Es ahí donde difiere la observación según sea la naturaleza del proyecto, en la diversidad de categorías e hipótesis empleadas por el observador para reconocer *ítems* de información relevantes para sus objetivos vital o científico. Estrategias, pues, semejantes y distintas a la vez como lo son las comunidades de referencia en las que el observador participa como actor o como investigador. La observación participante es una peculiar estrategia del investigador con la que trata de aunar el rigor de la observación científica con las ventajas que se derivan de su aproximación a esa privilegiada posición desde la que cada actor observa.

La observación participante es una de las técnicas más características del trabajo de campo. Como ocurre con cualquier otra técnica, nunca basta por sí sola para obtener los datos que necesita el investigador. A esa complementariedad recíproca que caracteriza a las técnicas de investigación, la observación participante une la singularidad de su menor formalización. Quizá por ello ha sido considerada erróneamente como una técnica menor. Sin embargo, al así considerarla, se olvida el conjunto

de sus ventajas, la amplitud de sus aplicaciones y la riqueza y profundidad de la información que aporta, constituyéndose como una herramienta imprescindible gracias, precisamente, a la fiabilidad de los datos que consigue obtener mucho más densamente contextualizados que los logrados mediante otras técnicas más formalizadas. Y si bien es cierto que su aplicación consume más tiempo que el que requieren aquellas otras técnicas, su coste no sólo no es mayor, sino que resulta altamente productivo.

Quienes más uso han hecho de la observación participante han sido los antropólogos sociales. Preocupados por el problema de la diversidad cultural, no han dado tan fácilmente por supuesta la semejanza entre el objeto de estudio y su propio mundo. El reconocimiento de esa primera dificultad de comunicación con los actores e informantes, de inteligibilidad del universo cultural ajeno, les ha llevado a sumergirse en la alteridad, creando una técnica cuya sutil complejidad se adapta mejor a la compleja naturaleza de la cultura que somete a observación.

Para acertar en la diana de lo que por desconocido merece su atención, el observador no puede confiar solamente en su buen tino. El cuerpo de métodos y teorías le enseña a apuntar, pero el blanco es siempre distinto y huidizo. Aun cuando estudie en su propia sociedad, lo que le mueve es la curiosidad que nace de una actitud crítica, la extrañeza ante lo que, desde la distancia del método, se configura como ajeno. Además de la posible diferencia sustantiva entre la cultura del observador y la de los observados, el método y las técnicas crean una distancia entre el observador y lo observado. Lo que pretende la observación participante es algo en apariencia contradictorio, pero que encuentra su sentido en la estrategia de esa peculiar caza que practica el investigador. Si la observación supone una proximidad tan cercana a lo observado que implica la participación del observador en el contexto mismo de los actores, a la vez exige ese distanciamiento crítico. Cuanto más distinto y distante es el objetivo más se tensa el arco que impulsa la observación. Tensar el arco con el método y acortar la distancia con su presencia en el contexto en el que se producen los fenómenos que observa, permite al observador dar un golpe más certero.

La estrategia es tan peculiar como la pieza que se desea cobrar. Son los actores quienes conocen mejor que nosotros el terreno en el que persiguen el sentido de su experiencia como presa. En él, en campo ajeno, no buscamos simplemente cambiar nuestro punto de vista por el suyo. Aun cuando ese sea uno de los pasos necesarios en la investigación antropológica, no termina ahí nuestra tarea. No abandonamos nuestras armas por las suyas. El investigador social es un cazador de cazadores, y lo que para los actores es punto de mira desde el que otean el horizonte de su experiencia, se convierte en objetivo para el observador. Sus armas de caza —sus instrumentos simbólico-semánticos— son nuestra presa. Para cobrarla no nos baste con su entrega. Hemos de aprender a usarlas. De ahí la participación, el aprendizaje de sus modos y maneras, el diálogo y la convivencia. Si perseguimos las herramientas con las que construyen su mundo (creencias, valores, normas, estrategias...) hemos de reconocer que buena parte de ellas no han sido elaboradas por los actores para entrar con la palabra en el discurso. De ahí, por tanto, la observación. Observación directa, en vivo, en acción, para apresar la ejecución ajena en movimiento, en operación, para cazarlos cazando.

En uno o dos años de estrecho contacto con los actores nuestro aprendizaje ha de ser rápido. Nos llevan toda su historia de ventaja, a lo largo de la cual, han ido aprendiendo, modificando, creando y transmitiendo su cultura de generación en generación. Historia que, si bien podemos estudiar y conocer, no podemos recorrer con ellos sino en el breve lapso de la duración de nuestra estancia en el campo de la

53

82

observación, parte o eslabón de una cadena de tradición mucho más larga. No sólo, pues, complementaremos nuestra observación participante con la observación documental, histórica, sino que, por la naturaleza del objetivo de la investigación, nuestra observación tendrá que intensificarse, atendiendo no sólo a ese diálogo colectivo que establecen los actores con su presente desde su tradición, sino que tendrá que convertirse en un verdadero trabajo para, en tan breve plazo, llegar a aprehender y manejar con soltura los instrumentos culturales que los actores asumen en el tiempo de su propia generación. Si para ello no podemos sino partir de nuestras propias categorías, la relación analógica que la participación establece entre el observador y los actores en el campo es una de las condiciones que facilitan la transformación de nuestras categorías de partida. Otros puntos de apoyo son, evidentemente, el rigor de método y las teorías y la crítica en el seno de la comunidad científica. Como de esto último se ocupa este mismo texto en otros capítulos, este se limitará a presentar las características de la observación participante, el modo de efectuarla, lo que ello exige del observador y lo que así puede obtener.

4.2. Historia

Aun cuando pueda parecer obvio acudir a la observación como técnica para la producción de datos, no comenzó a usarse sistemáticamente sino entrado ya nuestro siglo y, como señalaba más arriba, de la mano de los antropólogos. La dificultad que entraña la intelección de culturas distintas a la del investigador, se sumaba a la insuficiente documentación sobre los pueblos primitivos que tradicionalmente captaron la atención de los antropólogos. Desarrollar una observación *in situ* ha sido, en la mayoría de los casos, el único modo de empezar a conocer lo desconocido. La observación participante fue así una técnica que se gestó con ocasión del trabajo de campo antropológico-social entre nuestros contemporáneos primitivos. Pero del mismo modo que los descubrimientos de A. G. Bell sobre fonética y educación de las personas afectadas de sordera le llevaron a la invención del teléfono, que hoy todos usamos, la observación participante ha demostrado también su eficacia para el conocimiento de las ciencias sociales y en todo tipo de sociedad y cultura.

Con el fin de no dejar lagunas en la información que se deseaba recoger, y con la intención de facilitar al investigador un control sobre el desarrollo de su propio trabajo, comenzó a principios ya del siglo xx la publicación de guías de campo para etnógrafos. Dichas guías son básicamente listas de cuestiones sobre las que el etnógrafo debe recabar información, acompañadas de recomendaciones tales como aprender el lenguaje de los nativos, con el fin de que el observador llegue efectivamente a ser como uno más de los observados y poder así, desde esa privilegiada posición de observador-participante, obtener un conocimiento adecuado de la realidad que observa.

Antecedentes de esa tarea los encontramos incluso en el siglo xv español. Descubridores y misioneros se ven en la necesidad de desarrollar procedimientos sistemáticos de recogida de datos, a partir de la observación y la entrevista, para poder establecer de algún modo un conjunto de informes inteligibles sobre las formas de vida, creencias y organización de las gentes y pueblos del Nuevo Mundo, convirtiéndose en etnógrafos a la fuerza. Carecían de toda información previa sobre el mundo que observan, los pioneros de la etnografía española, sin poder fundar su descripción y reflexión en argumento de autoridad alguna, ni en el riesgo intelectual del empirismo, viéndose en la necesidad de justificar el tan — a sus escolásticos ojos —

débil argumento de la observación directa. Pero aun cuando las relaciones e informes de las observaciones, entrevistas y dibujos recogidos por Bernardino de Sahagún, Pedro Cieza de León, Fernández de Oviedo, Diego Durán, el P. Acosta y otros, conmueven la Universidad española y la Europa, de entonces, el ambiente intelectual, carente todavía de una verdadera concepción científico-social de los problemas, retrasa el desarrollo de la conjunción entre técnica y teoría hasta finales del xix (véase Lisón, 1971).

Desde la segunda mitad del xix, con pocas pero notables excepciones, como la de Morgan entre los Iroqueses, o Westermarck en Marruecos, la mayoría de los clásicos de la Antropología compartieron la actitud de Frazer reflexionando desde sus despachos sobre los informes que les llegaban de segunda mano, lejos del campo, dejando a otros la observación directa.

Los primeros ejemplos de observación directa en el campo, desarrollada con rigor y minuciosidad, y planteada como una exigencia o disciplina a la que debe sujetarse el investigador para mostrar en qué materiales de campo funda sus proposiciones, proceden de Franz Boas, con sus estudios sobre los Esquimales y los Kwakiutl, y sobre todo, de Bronislaw Malinowski, con su estudio de los isleños de las Trobriand. Aun cuando no cabe olvidar las aportaciones de la escuela de Chicago, ni el precedente de la expedición de Cambridge al Estrecho de Torres, es a Malinowski a quien corresponde el mérito de haber dotado a la observación participante del rigor y eficacia que la han convertido en una herramienta tan fértil para el científico-social. Si Haddon y Rivers, a partir de la experiencia de su expedición, hicieron posible los estudios intensivos en áreas limitadas (véase A. Alvarez Roldán, 1992), fue Malinowski quien no sólo los desarrolló, sino quien supo dotar a la etnografía de un hilo argumental que mostrase su unidad de sentido. No se trata, tan sólo, de que la repetición y mayor duración de sus estancias entre los nativos le permitiesen obtener una mayor cantidad de observaciones, sino de la calidad de las mismas gracias, precisamente, a la posición física y moral desde la cual pudo efectuarlas.

Durante cerca de dos años y en tres expediciones desarrolló Malinowski la experiencia de campo que más ha influido como ejemplo en la comunidad científica. Sus principios metodológicos pueden parecernos hoy elementales, necesitados de un ulterior desarrollo y formalización que los haga operativos. Sin embargo, el modo en que los aplicó abrió un nuevo camino para la Etnografía. Señalaba en la introducción a su libro *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (1922), que el observador «debe albergar propósitos estrictamente científicos y conocer las normas y los criterios de la etnografía moderna. En segundo lugar, debe colocarse en buenas condiciones para su trabajo, es decir, lo más importante de todo, no vivir con otros blancos, sino entre los indígenas. Por último, tiene que utilizar cierto número de métodos precisos en orden a recoger, manejar y establecer sus pruebas» (*ibid.*, 24).

4.3. La formación del observador

La aparente obviedad de esos principios implica, no obstante, muchas consecuencias, las cuales cabe detectarlas mejor si en vez de limitar nuestra lectura a las proposiciones de Malinowski, nos adentramos en la lectura crítica de las monografías, tanto suyas como de los demás antropólogos, atendiendo en ellas a los pasos que tuvieron que dar para observar lo que describen. Es así como cabe reconocer que la observación participante no consiste simplemente en trasladarse al lugar de la observación y ver. Empieza mucho antes con la formación del observador y la prepa-

ración y diseño de su investigación. No se puede observar, por tanto, sin un estudio crítico de la teoría, sin un planteamiento de los problemas desde el punto de vista de la disciplina, sin explicitar las hipótesis. Es mucho lo que en estos pasos previos a la observación se contiene. No cabe, desde luego, garantizar el desarrollo de una correcta observación antropológico-social confiando en un conjunto explícito y universal de pasos, consejos o formularios a cumplir, por más que eso pueda aportar a quien se inicia en la investigación la apariencia de una seguridad. La etnografía que la observación participante puede producir no es algo que resulte de la aplicación mecánica de un conjunto de reglas. Más fructífero resulta dejar que el peso de la observación se apoye en la formación del investigador, siempre que por «formación» entendamos algo más hondo, sutil y verdadero que lo que normalmente se entiende por «saber» la teoría o las técnicas de investigación. Si para ser un caballero no basta saber latín y griego, sino haberlos olvidado, lo mismo podríamos decir del buen investigador. No es lo mismo, obviamente, ignorar que haber «olvidado». Lo que queda es una capacidad, una educación de la mente, un dominio del campo propio de la disciplina que permite al investigador formado responder con flexibilidad a las preguntas que los problemas de su investigación le plantean. Una mente formada es una mente abierta desde el pluralismo de las teorías efectivamente asimiladas, a la pluralidad de las creaciones culturales. Haber asimilado una teoría es haberla asumido haciéndola propia y amoldándola a sí mismo, anclándola en la propia experiencia hasta ser capaz de comprender tanto su utilidad como sus limitaciones, referidas unas y otras a la vida que efectivamente despliegan los actores en la realidad que observamos, fuera ya del texto o el aula donde las aprendimos. En realidad la formación del observador requiere la asimilación de algo más que técnicas y teorías. No hay reglas de correspondencia que ligen teoría y objeto de la observación, sino maneras enormemente específicas de conducirse en la interacción social en cuyo seno se va a desarrollar la observación participante. Prepararse para ello exige pues una más amplia formación que capacite al observador para distinguir toda la riqueza de matices con la que los actores producen sus acciones, expresiones y omisiones, para inferir de ellas intenciones, sentimientos, valores y principios, nada de ello directamente observable. De ahí la conveniencia de completar la formación teórica en la propia disciplina con la lectura de textos de Historia o de Literatura. El teatro y la novela nos nutren de penetrantes análisis de personajes, nos amplían el panorama de situaciones humanas más allá de las efectivamente vividas por nosotros mismos y, acercándonos a la alteridad de los actores, nos permiten ejercitarnos en la observación y comprensión del otro. Obviamente ese ejercicio no excusa la necesidad de una honda formación teórica, que es la única que capacita para la generalización, ni puede tampoco sustituir en modo alguno lo que el observador va aprendiendo con el ejercicio mismo de la observación, tal y como ocurre con la aplicación práctica de cualquier técnica. Con todo, al ser participante la observación propuesta la implicación del investigador es mayor que en otras técnicas, de ahí que dicho ejercicio, además de ir desvelando a quien lo practica las dificultades objetivas de la observación, según sean los temas, situaciones y objetivos contemplados, el ejercicio de la técnica exige del observador una observación crítica de sí mismo con el fin de conocer y controlar sus propias dificultades subjetivas. El investigador no contempla su objeto como un puro observador invisible ante los observados. No es un mero apéndice anónimo que se limita a poner en operación los criterios de la disciplina que representa. Toda su persona entra inevitablemente en juego en el contexto de la observación. Desde su apariencia física, hasta su instante humano; sus preferencias, habilidades y conocimientos; su edad, sexo, estado civil,

etc., son fuente de signos interpretados desde el punto de vista de los actores que aún desconoce, así como vehículo para el establecimiento de relaciones que van a generar datos que serían de otro modo inobservables. Es más, su mayor o menor memoria oral o visual, sus biorritmos, capacidades y carácter, a la vez que todo ello sesga su trabajo, lo hace posible. Esto es, el mismo, en su integridad, es su principal herramienta para la observación, herramienta, pues, que debe formarse, cuidarse, conocer y controlar.

4.4. Condiciones

Vivir entre los observados es la primera, pero no la única condición para el trabajo. Tampoco es una condición tan fácil de conseguir y cumplir como pueda parecer. Todo grupo humano del tipo que fuere, primitivo o no, rural o urbano, debilita, mediante condiciones tanto prácticas como simbólicas, su propia configuración. La residencia en el territorio considerado como propio es con frecuencia uno de los criterios usados por los actores para definir la pertenencia al grupo. Por otra parte, pertenecer a un grupo implica siempre derechos y obligaciones, y aun cuando no todos los actores puedan por igual controlar legalmente el acceso a la residencia, ello no obsta para que planteen distintas formas de resistencia a la entrada en el propio grupo de un detrazador potencial de recursos humanos y materiales. Pensemos, por ejemplo, en zonas rurales de nuestro país en las que la vecindad da derecho a determinados aprovechamientos comunales. No puede, por tanto, sorprendernos que sean muchos los observadores cuyas primeras notas de campo comienzan reflejando las dificultades iniciales para conseguir alojamiento. Dificultades vencidas siempre con la paciencia y habilidad del investigador, que en esos primeros contactos detecta algunos de los límites culturales del grupo en la medida en que se hacen sensibles al intentar traspasarlos.

En otros casos la residencia es sólo un signo de cierto *status* que puede facilitar, pero que no basta para conseguir la introducción del observador entre los observados. Penetrar para su estudio en ciertos estamentos profesionales, en bandas urbanas, grupos marginales, organizaciones rituales o instituciones como hospitales o empresas, no depende tan sólo de la residencia. Lograr la aceptación del grupo a observar es siempre indispensable, pero las condiciones a cumplir son enormemente variables. El proceso es lento y el observador se ve sometido a toda una serie de sutiles ritos de tránsito que escapan su integración cultural en el grupo para observar lo desde la participación en él.

Malinowski comenzó su trabajo visitando la zona, intercambiando pequeños regalos con los trobriandeses y comentando con ellos detalles sobre la tecnología nativa. Una vez decidido a plantar su tienda entre las de los nativos, cambiando lo que hasta ese momento había sido una serie de visitas por la residencia efectiva entre ellos, el aislamiento del investigador en una cultura ajena se le hizo tan patente como difícil de soportar. Idioma, paisaje, clima, olores, sabores, ritmo horario, sonidos... todo cambia drásticamente para el investigador que decididamente se sumerge en otra cultura. Solo entonces podemos empezar a percatarnos del número de apoyos implícitos que sostienen nuestra cotidiana visión de un mundo al que estamos tan acostumbrados que ni nos damos cuenta. El conjunto de rituales de nuestra cultura se nos viene abajo. En esa misma medida, el mundo propio de nuestra cultura se convierte en memoria en un referente interior que no encuentra el asidero exterior de un referente objetivo. En el ágora interna del investigador esa

4.6. Participación

La participación, concebida en principio como instrumento al servicio de la observación, tiene que partir a su vez de la información que la observación le va aportando al investigador. Con todo, en sí misma, la participación es fuente de experiencias relevantes para el científico social.

Fijada ya su residencia y establecidos los primeros contactos con los actores, tendrá que observar y aprender el comportamiento correcto en las relaciones de vecindad, para poder asumir su nuevo papel de vecino. Con independencia del tipo de colectivo sobre el que focalizamos nuestra observación, tanto si se trata de una comunidad, un área urbana o rural, un grupo profesional, etc., en cada contexto y en cada situación deberemos observar para aprender la forma en que podemos participar. Observación y participación se enriquecen mutuamente cuando una se apoya en la otra. Ese recíproco apoyo favorece el progreso de ambas hasta un cierto punto, más allá del cual la participación puede restringir las posibilidades de la observación. De manera similar, no todo empeño en incrementar la observación redundará en beneficios para el investigador si por ello transgredimos los límites que la participación le impone. Por otra parte, no por mucho observar se alcanzan ciertos tipos de información que sólo la participación *per se* permite.

Para desarrollar nuestra observación tratamos de reconocer toda la variedad de situaciones y modos en que podemos participar, de acuerdo con las expectativas de los actores. Pero ni podemos estar a la vez en todas partes, ni debemos embarcarnos con nuestra participación en una aventura que ponga en riesgo el futuro de la investigación. Participar en un grupo excluyente, de acceso restringido, puede dificultar la observación no sólo en otros grupos similares, sino en un campo más amplio de situaciones en las que nuestra participación en aquel grupo nos marque o tipifique ante los actores. La alteración de su conducta y de sus relaciones con el observador puede sumarse al sesgo o restricción de la información que estarán dispuestos a ofrecernos en función de lo que no pueden interpretar en nosotros sino como partidismo que afecta a sus propios intereses. La observación participante, en su desarrollo en el campo, debe coordinarse también con otras técnicas, en especial con la entrevista, y debe por tanto evitarse que la aplicación de una técnica perjudique a las demás.

Además de los lugares y momentos para la observación, hemos de contar también con su duración. Si nuestra participación en cada situación se prolonga más de lo que nuestra memoria es capaz de retener, a partir de ese momento deja de servir a la finalidad de la observación. En tales casos podemos repetir la observación participando nuevamente tantas veces como sea necesario para lograr la información más completa posible. El uso de una cámara cinematográfica, de vídeo, o un magnetófono, si en el contexto resulta aceptable por los actores, puede prolongar la participación. Con todo, dado que la participación en una situación determinada no es sino un caso particular de la más amplia participación que la situación de campo supone, no podemos concebir aquélla como destinada tan sólo a la observación de lo que en tal o cuál situación concreta acontece. Llegado el límite de nuestra capacidad de retención o el de nuestros instrumentos de trabajo, no es tan fácil, en múltiples situaciones, dar por terminada nuestra participación y abandonar el lugar para registrar lo observado. En la medida en que tal decisión rompa la relación de encuentro y el sentido de la situación que a la participación le otorgan los actores, provocará en ellos reacciones hostiles que en adelante dificultarían nuestra tarea. A partir de ese límite la observación cede en favor de la participación.

¿Cómo podemos, pues, participar? En un principio la participación es siempre menor que en etapas posteriores, pero en unas o en otras se desarrolla adaptando el rol del investigador a los roles de que dispone el colectivo bajo estudio. Habida cuenta de las limitaciones que la edad y el sexo del observador, su estado civil, sus habilidades y la disponibilidad de roles en el contexto pueden plantear, tratará de transformar su primera clasificación como forastero, huésped o vecino, en una figura más flexible y polivalente, similar a la de cualquier otro miembro del grupo en el que participa. Todo el aprendizaje al que tiene que someterse el investigador de campo para llevar a cabo su trabajo, supone una nueva asimilación cultural. Vivir con y como los actores, participar en sus encuentros, centros de trabajo o de ocio, celebraciones privadas y colectivas, etc., todo ello le brinda un inmenso campo para la observación, pero a condición de que se conduzca como uno más de ellos. Su objetivo es participar plenamente de la cultura de los actores, «nativizarse» sin perder su propia cultura, ampliando, por tanto, los modelos culturales que es capaz de manejar, las normas, conceptos, categorías y valores desde los se define y aprecia la experiencia, transformando o reelaborando la complejidad del instrumental hermenéutico desde el que se interpreta el sentido de los hechos¹.

Participar implica también reciprocidad, derechos y obligaciones. El observador, en su convivencia con los actores, procura crear un ambiente de mutua confianza, de amistad recíproca, tratando que su proyecto de trabajo se entienda y acepte entre los actores. Pero no puede llevar su participación hasta el punto de verse implicado personalmente en la red de intereses de los actores, entrando en liza con ellos. Su participación es antes cultural que social. Esa contención del observador, más atento a sus obligaciones que a sus derechos, le configura como un miembro peculiar del grupo que estudia o, como acertadamente señala Freilich, socialmente sólo llega a ser un «nativo marginal» (1970). Es esa relativa peculiaridad del rol del investigador la que le permite, apurando las situaciones para ampliar su observación, forzar hasta su extremo las normas que rigen la vida social, pero sin llegar nunca a quebrarlas. Su distanciamiento con respecto a los intereses de los actores le garantiza una libertad de movimientos que no se pueden permitir a sí mismos los propios actores. Con todo, la actuación del investigador en el campo no puede fundarse tan sólo en la bondad de las relaciones que consigue establecer, sino también en una hábil conducción de sí mismo y en un uso consciente y crítico de las situaciones, buscando siempre una regularidad y amplitud de la interacción como fuente de información, produciendo así una pluralidad de plataformas para la observación.

Para organizar su observación, el investigador clasifica las situaciones con el fin de distribuir entre ellas su participación. Planea una rutina de investigación especificando recorridos, momentos, lugares y personas con las que debe tratar o visitar. Amoldando su horario al de los actores, de forma que no pierda oportunidades para observar, reservará los momentos de menor interacción para registrar sus notas, pero debe estar siempre dispuesto a alterar su plan de trabajo para poder observar cualquier acontecimiento relevante. El trabajo de campo intensivo supone una observación que no cesa. Pero esto es así desde el punto de vista del observador. No ocurre lo mismo desde el punto de vista de los observados. Aun entendiendo que la presencia del investigador entre ellos obedece a su trabajo, una vez se han acostumbrado a ello, fuerzan al observador —mediante la sutileza de la interacción, con el

¹ Una descripción realista de lo que supone, en su conjunto, la situación de campo para el antropólogo puede leerse en el epílogo a la nueva edición de *Los hombres de la sierra*, de Julian Pitt-Rivers, bajo el nuevo título de *Un pueblo de la sierra: Grazaletta* (1989), en esta misma editorial.

uso de sus normas de trato— a dejar a un lado sus notas, cámara o magnetófono, ofreciéndole como única posibilidad permisible la charla informal, compartiendo su ocio en pie de igualdad. Sería inviable para el investigador pretender proseguir formalmente con su observación, no sólo en aquellas ocasiones de especial relieve en las que los actores ritualizan su duelo o su alegría, sino también en todos aquellos momentos en los que la interacción es incompatible con el trabajo tal como ellos lo entienden. No sólo el investigador es quien saliendo de su soledad busca una compañía humana. También los actores esperan de él una acogida similar, a la que debe atender con el fin de no romper la interacción que hace posible la continuidad de su trabajo. Son esas ocasiones muy útiles para la observación y la entrevista informal, para seguir trabajando de otro modo, aprovechando el flujo de información generado por la confianza, penetrando empáticamente en el mundo de los actores. La calidad, fiabilidad y densidad de la información así reunida compensa la imposibilidad de usar el magnetófono o el cuaderno de notas en tales situaciones.

Cuanto menor es el grupo observado y mayor en él la presencia de relaciones cara a cara, más le cuesta al observador mantener su independencia de los observados. Asimismo, en tales contextos menor es también la independencia relativa entre los actores. Su universo no está formado tanto por unidades de población independientes, como por relaciones de interdependencia, trabadas todas ellas en estructuras más amplias que el observador pretende modelar plasmando relaciones entre relaciones. En tales contextos, la aplicación de un muestreo aleatorio puede perder sentido y resulta problemáticos sus resultados, dada la ausencia de homogeneidad entre los elementos de la población (véase Leach, 1957:87). La homogeneidad es alcanzable a un nivel superior de complejidad lógica: en el nivel estructural de relaciones entre relaciones. Podemos en él aplicar un análisis cuantitativo, pero supereditado a un análisis cualitativo previo que garantice la homogeneidad de las situaciones, de los informantes o de la información. La observación participante no sólo genera ítems de información cuantificable, sino también información estructural de enorme relevancia, la cual permite plantear más adecuadamente otros tipos de análisis facilitando el diseño de modelos y su simulación por computador para agotar el cálculo de las alternativas y posibilidades lógicas que el modelo diseñado permite (véase Sanmartín, 1982:137-150). El acercamiento holístico, característico del trabajo de campo antropológico-social, se apoya de forma privilegiada en la observación participante, pero no excluye otras técnicas, ni tampoco una más decidida utilización del muestreo en contextos en los que el tamaño del colectivo sea mayor y en los que la menor relevancia de las relaciones cara a cara permite tomar de los actores observados, más fácilmente, valores intercambiables de una misma variable. También en estos casos puede asumir el investigador roles menos visibles ante los actores, desde los que puede observar sin alterar las situaciones, escuchado en el relativo anonimato de su participación desde roles comunes en la gran ciudad. Con todo, el campo de observación se restringe a áreas públicas o momentos en que se cruzan roles profesionales de *status* muy diferentes, sin lograr, por tanto, aquel tipo de información que una más honda participación permite.

En lo señalado hasta aquí hemos procedido contando con un investigador en solitario que participa y observa. Con el fin de dotar de un mayor rigor metodológico a la observación participante Friedrichs y Lüdtke (1975) proponen separar la figura del investigador de la de los observadores en el campo. Buscan con ello que unas mismas observaciones sean repetidas por distintos observadores, los cuales, en función de un test de campo previo, detectan las posibilidades que el contexto ofrece para asumir o crear el rol de observador más productivo. La distribución de las res-

ponsabilidades de la investigación entre los miembros de un tal equipo aminora las tensiones del trabajo de campo y materializa la distancia entre el investigador y su campo de observación. A su vez, dicha estrategia requiere, para su viabilidad, una clara delimitación del campo sometido a observación, así como un esquema o plan de observación para cada observador lo más detallado y preciso posible. Por supuesto que cualquier esfuerzo tendiente a mejorar la exactitud, fiabilidad y rigor de las observaciones, tiene que ser bien recibido. Pero no puede entenderse dicha propuesta como si el observador participante único careciese de planos detallados y precisos o de una clara delimitación del campo de sus observaciones. Tras la alternativa propuesta late la tradicional desconfianza de una estrecha concepción del empirismo positivista, como si se pudiese acceder a aquello que se fuera a observar sin la influencia interpretativa del observador, sea este único o múltiple. El viejo problema de la piedra de toque de la observación en el campo: la participación. No parece conveniente lanzar fuera del campo, tras el baño o la inmersión, junto con el agua de la bañera, al propio investigador, más aún cuando es él, desde la integridad de su persona, quien puede aprehender y evaluar la complejidad de las conexiones de lo observado gracias, precisamente, a su presencia en el contexto, a su inmersión en lo que constituye el referente de las conductas que observa. Esos *simponderables* de la vida real y del comportamiento se pierden, no por trabajar en equipo, sino por alejar al investigador del campo de la observación. Es caro todo incremento de un supuesto rigor al precio de un empobrecimiento de la información.

Usar observadores formados y entrenados, que suministren la información a un investigador de gabinete mejora, sin duda, la situación con respecto a la Antropología del siglo XIX, pero no evita, sin más, los sesgos de cada uno de los observadores, a no ser que previamente el investigador conozca bien las categorías culturales de los actores, de forma que sus observadores puedan elaborar directamente los datos, aplicando un plan de observación sin inferencias interpretativas. Pero ese es, normalmente, uno de los objetivos de la investigación: aprehender la categorización cultural ajena de la experiencia, cuyo desconocimiento relativo motiva el desarrollo de un trabajo de campo.

4.7. Observación

En solitario o en equipo, al investigador se le plantea siempre el problema de la selección a la hora de planificar su observación. La primera guía es, sin duda, el planteamiento del problema que motiva su investigación. Deberá, por tanto, traducir de forma operativa sus hipótesis, amoldándolas, además, al contexto propio del campo donde trabaja. Sus primeras observaciones no pueden sino recaer sobre el tipo de unidades que le proponen la teoría, buscando su plasmación en el campo. En un estudio de comunidad, por ejemplo, elaborar un mapa del territorio, levantar planos urbanos o de viviendas, censar la población o la propiedad, reconocer lugares públicos y privados o delimitar los tipos más relevantes de situaciones y de mantener potenciales, ocupan los primeros meses del trabajo de campo.

En un principio su observación parte, pues, del cuerpo *etic* de conceptos, hipótesis y teorías propias de la disciplina. A medida que progresa su investigación apreciará nuevas fuentes de relevancia de los fenómenos, ya que también es relevante para su investigación el modo como los actores perciben la relevancia de lo que ellos definen como fenómenos constitutivos de su realidad. Las categorías que nacen

boran los actores para discriminar y aprehender el panorama de lo real y lo ideal, el modo como definen lo que constituye los hechos de su experiencia, la manera de evaluar, clasificar y organizar todo ello, constituye un cuerpo *emic* de instrumentos culturales, distinto al del investigador, con el que los actores apuntan a la diana de su realidad. Esa otra forma de definir y capturar tentativamente la realidad debe aprender a usarla el investigador, obteniendo así nuevas unidades —*emic*, esta vez— para la observación.

Al comenzar su trabajo las unidades que usa el observador no sólo son *etic*, sino además amplias, sin inferencias, evitando el uso de términos abstractos al registrar lo observado. De lo contrario, desconociendo aun las categorías culturales de los actores, sus inferencias no serían correctas y los términos abstractos facilitarían todo tipo de proyecciones etnocéntricas. Más adelante, ante cada situación, y según el tipo de dato que persiga, elegirá la unidad más adecuada, descomponiendo en sus partes integrantes la situación definida por los actores, focalizando su atención en los elementos que tipifican la conducta o, a la inversa, partiendo de una amplia definición de una variable como rúbrica, atenderá a toda una pluralidad de conductas clasificables bajo dicha rúbrica. Para entender problemas concretos necesitará reducir y multiplicar las unidades de observación con el fin de discriminar con mayor precisión los elementos constitutivos del fenómeno que observa.

Si lo que deseamos investigar son, por ejemplo, ritos procesionales en una pequeña comunidad rural española, necesitaremos, entre otras cosas, conocer la fecha de tales celebraciones, su número y la hora del día en que tienen lugar. Nuestra atención se dirigirá, en principio, a lo que de acuerdo con nuestros conocimientos consideramos ritos de tal tipo. Sin embargo, es posible que los actores, al informarnos sobre sus ritos, den cuenta también de otros que, por carecer de algunas características relevantes para el investigador, no entrarían en la clasificación. Su clasificación no coincide con la nuestra, forzándonos así a ampliar nuestro campo de observación. A su vez, ello nos lleva a centrar nuestra atención en las semejanzas y diferencias existentes entre los ritos que los actores clasifican juntos, como pertenecientes a un determinado tipo, y frente a otros que clasifican bajo otra categorización. Junto al lugar, fecha y hora de las celebraciones, necesitamos observar su recorrido, su duración, periodicidad, ocasión o motivo, actores intervinientes, su distribución en roles y posiciones a lo largo del rito, su comportamiento en él y durante su preparación, fase y etapas del mismo, incidentes, gestos, iconos, símbolos y usos que de ellos se hace, etc. Si, por ejemplo, en alguna de sus fases desarrollan algún baile ante una imagen, tendremos que reducir la unidad de observación hasta detectar la pauta rítmica, identificando cada paso o movimiento, para poder luego comparar con otros movimientos y ritmos. Si la rapidez con que se desarrolla impide una observación ocular precisa, filmar el rito y pasar luego la película a cámara lenta o deteniendo la imagen, permite apreciar lo que no somos capaces de ver a simple vista. Participar en tales ritos mediante el rol de espectador, observando el rito repetidas veces y en distintos puntos del recorrido, puede permitirnos captar una imagen global más completa que participando activamente en él, ya que nuestra inevitable y relativa foraneidad, la edad o el sexo, pueden condicionar la descripción del investigador a una u otra de las unidades integrantes del ritual o su posición en el mismo. Con todo, la presencia del observador en varios ciclos rituales permite tomar en distintos momentos roles diferentes, completando así, desde todos ellos, la observación.

Obviamente, los datos así producidos nunca bastan para el análisis. Tenemos que entrevistar a los actores, demandar su interpretación del conjunto y de cada uno

de sus elementos, compara mapas y gráficos de los recorridos y posiciones, hurgar en los archivos la historia de tales celebraciones y relacionarlo con la historia de la comunidad, atendiendo a sus cambios, etc. Tampoco basta, por tanto, lo obtenido solamente a través de entrevistas, archivos, etc. La complementariedad entre las distintas técnicas de investigación es recíproca. del contraste entre lo dicho por los informantes y la observación puede surgir otra diferencia relevante: la que existe entre lo ideal y lo real, entre la norma y la frecuencia del comportamiento.

4.8. Registro de la observación

Durante la observación, en la medida en que la situación lo permita, se toma nota de lo observado, pero las más de las veces el observador, atento al desarrollo de lo que observa, sólo acierta a tomar aquellos apuntes que le permitan luego reconstruir la globalidad del fenómeno. Es entonces cuando además de no olvidar todo lo que pueda contradecir sus hipótesis, debe evitar las inferencias apresuradas y el abuso de términos abstractos. Así, por ejemplo, en vez de anotar: «el pueblo recibió emocionado la aparición de la imagen del Cristo en la plaza», sería mejor señalar que «cuando seis hombres, entre los treinta y cuarenta años de edad, miembros todos ellos de la Cofradía del Cristo, sacaron a hombros la imagen del Cristo de la iglesia a la plaza, la banda de música, situada junto a la puerta de la iglesia, entonó el Himno Nacional, mientras repicaban las campanas de la iglesia y se disparaba una breve traca. En la plaza, de pie, vistiendo sus mejores trajes, esperaban alrededor de quinientas personas de ambos sexos (la mitad aproximada de la población). Todos irrumpieron en fuertes aplausos mientras varias mujeres gritaban «¡viva el Cristo!» y crispaban sus manos. Se pudo contar hasta tres hombres de más de sesenta y cinco años, y cinco mujeres entre cincuenta y sesenta años, que no pudieron contener las lágrimas. Varias parejas estrecharon sus brazos y otras abrazaron a sus hijos pequeños en ese mismo momento. En pocos segundos cada cual, sin mediar palabra, aceleró su paso para incorporarse en filas a la procesión que entonces se formaba».

Evitar el abuso de términos abstractos obliga al observador a producir una descripción mucho más detallada, fruto de un control crítico que le obliga a distanciarse de lo observado y a precisar los términos en una descripción mucho más universalizable. Asimismo, una descripción menos resumida evita una excesiva condensación de la información, cada uno de cuyos elementos o unidades puede poseer una significación distinta de la que en un apresurado resumen se le asignaría. Por otra parte, si no precisamos cada uno de los detalles que cualifican lo observado no podremos luego comparar distintos fenómenos y contextos en los que vuelvan a aparecer esos mismos detalles. De ese modo, una nota como la del ejemplo proporciona datos para algo más que un análisis de los rituales. Los hechos sociales son totales. Conviene, por tanto, ampliar la capacidad de nuestro registro de la observación sacando copias de la nota y archivándolas no sólo bajo el epígrafe «ritual», sino también como información sobre roles sexuales, división por edades, símbolos religiosos, símbolos políticos, usos simbólico-expresivos del espacio y del cuerpo, organización social, expresividad emocional, etc. Almacenando la observación registrada en una base de datos en un ordenador, con un ágil sistema de búsqueda, contaremos siempre, de forma exhaustiva, con toda la información reunida para cada uno de los tópicos o claves de la investigación.

La gran clasificación con la que resumía Malinowski las vías para acceder al

punto de vista de los actores, para comprender su visión de su mundo: organización social y anatomía de su cultura, los imponderables de la vida real y del comportamiento, y los informes, narraciones, expresiones, comportamientos y fórmulas rituales, como exponentes de la mentalidad de los observados, tiene que ser múltiplemente subdividida, tanto en la planificación de la observación como en su registro.

La observación, por otra parte, cuenta cada vez más con el apoyo de la tecnología. Junto al diario de campo, el registro de notas bajo múltiples epígrafes, su clasificación plural y catalogación, hay que añadir el uso del magnetófono, de la cámara fotográfica y de la filmación. Grabar y filmar no sólo poseen las ventajas señaladas más arriba. La proyección acelerada de una película nos permite reconocer circunvoluciones y trayectos de los participantes en un ritual, en una feria o en un mercado, acercándose a lo que nos suministra un mapa: vemos de golpe lo que tarda mucho más tiempo en producirse, captando de ese modo no sólo la huella física que conforma un espacio, sino también la pauta que los actores siguen sobre el mismo. Contar rápida y exhaustivamente, apreciar posiciones relativas, analizar, medir y comparar objetos cuya manipulación nos esté vedada, son otras ventajas que se suman al cómputo del tiempo del tiempo al distribuir imágenes por segundo de forma proporcional a la duración real o de modo continuo. Con todo, la influencia del film de ficción es engañosa por incluir en su punto de vista, desde el que se filma y monta la película, presupuestos cognitivos etnocéntricos. Estamos excesivamente acostumbrados, como espectadores, a tomar el cine como una ventana anónima desde la que nos asomamos, en un verdadero vuelo mágico, a multitud de escenas ajenas a nuestra presencia, llegando incluso a escuchar divinamente el pensamiento de los protagonistas, de modo similar a como ocurre en las producciones literarias de ficción. Nos identificamos con el ángulo de visión de un actor invisible, distorsionando, en aras del verismo dramático del cine profesional, el verismo etnográfico del drama real de la vida ajena que observamos. «Mientras que el cineasta, al igual que el pintor, comienza su obra en una tela virgen y tiene gran libertad a la hora de escoger la forma y los colores que desee para contar cualquier historia, el antropólogo y el fotógrafo trabajan, por así decirlo, sobre una tela ya pintada, recogiendo unas cosas y unos hechos que están ahí y sin los cuales su labor no es posible. En nuestro caso, es además el conocimiento etnográfico y antropológico el que debe guiar la lente y el ángulo de visión de la cámara, dotando a las imágenes así recogidas de un marco apropiado que ordene (etnográfica y antropológicamente) eso que ya existe y que nosotros pretendemos recoger del modo más global y completo posible» (J. C. Lisón Arca, 1993: 218). El uso de los registros visuales de la observación debe estar, pues, sujeto no sólo al correcto conocimiento técnico para la producción del lenguaje fílmico, sino también a los objetivos y condiciones de una producción antropológica. Aquí tendríamos que distinguir entre el uso de estas técnicas para el registro de la observación más contextualizada, del uso del film etnográfico como exposición de lo ya analizado, en el mismo sentido en que distinguimos entre el registro de la observación en un cuaderno de campo y la monografía que luego se publica.

Con todo, la observación no sólo se centra en elementos detectables como unidades aisladas. Como señalábamos más arriba, el desarrollo de la observación atiende también a los aspectos estructurales del comportamiento de los actores. Carecería de utilidad para la investigación una observación atomística de rasgos o elementos inconexos, aun cuando procediesen del mismo grupo humano sometido a nuestro análisis. Una observación de tal tipo, por más que fuese fruto de un esfuerzo por evitar inferencias interpretativas, redundaría en una descripción a todas luces inco-

El comportamiento de los actores, por extraño que nos parezca al sernos ajeno, es siempre un comportamiento humano poseedor, por tanto, de su específica coherencia. Claro está que las conexiones, las relaciones, la sistematicidad o la estructura de la vida social y cultural que estudiamos no es algo directamente observable. Es en nuestra descripción de la etnografía cuando la establecemos, de ahí que, al menos desde Malinowski, se reconozca cada vez más la importancia que posee la redacción de la etnografía o el montaje y la edición del film etnográfico. La escritura antropológico-social es pues algo más que un simple registro de la información, provenga esta de la observación, de la entrevista, de las historias de vida o del análisis de casos o de archivos. Hallar el hilo argumental que, entretejiendo la vida ajena, le dota de sentido a los ojos de los actores, exige del observador una atención al conjunto más allá de la prestada a cada unidad de observación, una atención crítica, evidentemente, que supone, a su vez, un continuo ir y venir entre el discurso de los actores y el de la propia disciplina sociológica mediante un complejo proceso tentativo de traducción recíproca, hasta lograr la comprensión del modo como los actores generan para ellos el sentido de su mundo.

Bibliografía

- ALVAREZ ROLDAN, A.
1992: *La formación del proceso etnográfico de investigación en la tradición británica de Tylor a Malinowski*, Madrid, tesis doctoral, Universidad Complutense.
- COLLIER, J.
1967: *Visual Anthropology: Photography as a research method*, H. R. & W.
- CRESSWELL, R. y M. GODELIER (eds.)
1981: *Útiles de encuesta y de análisis antropológicos*, Madrid, Ed. Fundamentos.
- EPSTEIN, A. L. (ed.)
1967: *The craft of Social Anthropology*, Tavistock.
- EVANS-PRITCHARD, E. E.
1940: *Los Nuer*, Barcelona, Anagrama.
- FRIEDICH, M.
1970: *Marginal Natives: Anthropologists at work*, H. & R.
- FRIEDRICH, J. & K. LUDWIG
1975: *Participant Observation. Theory and Practice*, Saxon House.
- HONIGSMAN, J. J.
1973: *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Chicago, R. McNally and Co.
- LEACH, E.
1967: «An anthropologist reflections on a social survey», en JONGHANS, D. C. & P. C. W. GUTENROD (eds.), *Anthropologists in the field*, New York, Humanities Press.
- LISON ARCA, J. C.
1993: «Antropología Visual: Un campo abierto», Madrid, Sociedad y Utopía, «Revista de Ciencias Sociales», núm. 1, pp. 211-219.
- LISON TOLOSANA, C.
1971: *Antropología Social en España*, Madrid, Siglo XXI/Abal.
- MALINOWSKI, B.
1922: *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona, Península.
- MAUSS, M.
1971: *Introducción a la Etnografía*, Madrid, Anaya.
- MEISSNERMANN, D. A. (ed.)
1981: *Anthropologists at Home in North America: Methods and Issues in the Study of One's Own Society*, Cambridge University Press.
- MORLEY, F. & P. CASSIN (eds.)

- 1973: *A handbook of method in Cultural Anthropology*, Columbia U. P.
- PELTO, P. J.
1970: *Anthropological Research. The structure of inquiry*, H. & R.
- POIRIER, J.
1968: *Ethnologie Générale*, Paris, Gallimard.
- SANMARTÍN, R.
1982: *La Albufera y sus hombres. Un estudio de Antropología Social en Valencia*, Madrid, Akal.
1993: *Identidad y Creación. Horizontes culturales e interpretación antropológica*, Barcelona, Ed. Humanidades.
- STOCKING, G. W.
1983: *The observers observed*. The University of Wisconsin Press.
- TAYLOR, S. (ed.)
1966: *Horizons of Anthropology*, Aldine.
- WAX, R. H.
1975: *Doing fieldwork. Warnings and advice*, The University of Chicago Press.
- WILLIAMS, T. R.
1974: *Métodos de campo en el estudio de la cultura*, Madrid, Taller Ediciones J.B.

118

62